

EL FINAL DEL VERANO

Algis Budrys

I

El aeropuerto de América no había variado desde la última vez que lo había visto. Estaba situado tan lejos de toda otra área civilizada como era posible, para que ningún avión, por muy descarriado que anduviera, pudiese equivocarse al campo de aterrizaje y estrellarse contra una vivienda. Excepto por la ringlera de rectos bordes de la carretera que conducía al sur, estaba completamente aislado si uno olvidaba la casi desierta estación del metro. Su extremidad estaba punteada de hangares y algunas oficinas, pero el edificio terminal era pequeño, y estrictamente funcional. Macizo con raso de hormigón, aséptico con acero y aluminio, era un lugar gris y desabrigado en el yermo.

Kester Fay se alegraba tanto de verlo que brincó impaciente desde el ascensor para pasajeros del gran avión a reacción. Sabía que era objeto de miradas curiosas por parte de la dotación del campo, agrupada alrededor de la nave de inmaculado acero, pero Fay apenas le dio importancia, pues había visto el coche aparcado que le esperaba junto al edificio de la administración. Atravesó rápidamente el campo a un paso que todavía atrajo más la atención del personal, pues estaba impaciente para ser despachado en el puesto de aduana y largarse. Hizo girar inquieto la cúpula de "recuerdo" de la cadena en su manguito elástico, mientras el oficial de despacho de desembarcos revisaba y marcaba su pasaporte. Pero se veía que el hombre se alegraba demasiado de ver a alguien que no fuese del pequeño círculo del personal de la línea aérea. Se demoraba sin fin, y aun cuando Fay tenía por cierto que su vida, fuera de allí, sería muy aburrida, se le hacía más y más difícil resignarse y tener paciencia, a medida que pasaba el tiempo.

—Christopher Jordan Fay—leyó el hombre en voz alta, buscando una nueva oportunidad para entablar conversación. Bien, señor Fay, no lo habíamos visto aquí desde 1753. ¿Se gozó en su estancia?

—Sí—respondió Fay, tan brevemente como le fue posible.

¿Se había gozado en ella? Bien, sí, suponía que sí, pero era difícil sentirlo de ese modo, pues había manipulado sus viejos recuerdos americanos en volumen aumentado durante todo el vuelo a través del Atlántico. Dios Santo, pero estaba cansado de Europa en este momento; hastiado de serpentinas y herbosas sendas que serpenteaban con clásica regularidad entre arroyos y a lo largo de riachuelos, bajo añosos e imponentes árboles—. Era bueno estar de vuelta a un lugar donde un hombre podía estirar las piernas; pese a todo.

—Apuesto a que es así. ¿Piensa quedarse mucho? —dijo el oficial riendo entre dientes cortésmente, mientras ponía los sellos.

Para siempre, si puedo, pensó Fay, primero. Pero luego sonrió tristemente. Su vida había demostrado con creces que para siempre era mucho tiempo.

—Por algún tiempo, de cualquier modo —respondió con creciente impaciencia, mientras pensaba en el coche, de nuevo. Arrastró los pies por la endurecida superficie del suelo.

—¿Hago preparativos para su transporte a Nueva York?

—No para mí—dijo Fay, moviendo la cabeza—. Pero el hombre que condujo mi coche es posible que sea cliente.

El oficial arqueó las cejas y Fay de repente recordó que América, con sus actitudes sociales más liberales, podía tolerarle más de lo que había hecho Europa, pero aún así había muchos conservadores acogidos bajo la misma bandera.

En realidad, debiera haberse dado cuenta de que el oficial era, ante todo, un miembro del cuerpo nacional; un hombre del servicio público.

Hasta con una docena de lugares seguros con que contar, de fácil alcance, parecía, sin embargo, no fiarse mucho. Las propias cejas de Fay se elevaron, y una expresión de gozo brilló en sus ojos.

—¿Va a seguir adelante en su coche?—preguntó el oficial, mirando a Fay con una mezcla de respeto, envidia y desaprobación.

—Está sólo a mil quinientas millas—dijo Fay con cuidadosa indiferencia.

De hecho, estaba muy seguro de que iba a estrangular al hombre si no lo dejaba salir de aquí pronto para situarse detrás del volante. Pero no serviría mostrarse más que molesto en frente de un miembro del cuerpo nacional.

—Espero recorrer esa distancia en unos tres días —añadió, casi bostezando.

—Sí, señor—dijo el hombre, envolviéndose instantáneamente en un manto de fría cortesía, pero musitando "¡Haragán!", casi de un modo perceptible.

Fay le hería en lo vivo con esa determinación. Probablemente, el hombre nunca había puesto los pies en un automóvil. Seguro que consideraba una mentira desvergonzada que nadie intentara alcanzar un promedio de cincuenta millas por hora en un día de marcha. Cómodos coches con buenos neumáticos y provistos de cojines eran su diligencia, ¡y él, un empleado de una línea aérea!

Fay se apresuró a contenerse. Todo el mundo tenía derecho a vivir como quisiera, se recordó a si mismo.

Pero no pudo reprimir una efervescente mueca ante la repentina desviación del hombre hacia una actitud de alejamiento y de agraviado.

—Está bien, señor—dijo secamente el oficial, devolviendo el pasaporte a Fay—. Aquí lo tiene. Ningún equipaje, por supuesto.

—Por supuesto —dijo conformado Fay, y si esa observación había sido hecha como un reparo hacia la gente que viajaba ligera y de prisa, había resultado floja. Agitó alegremente la mano mientras se desviaba, al tiempo que el oficial lo miraba ásperamente.

—Lo volveré a ver, imagino—le dijo.

—Temo que no, señor— respondió el hombre con una pizca de malevolencia—. La United States Lines suprime el servicio de viajeros el primero del decaño que viene.

—Oh. Es una pena—dijo Fay vacilando, momentáneamente confundido—. No tiene ningún objeto continuar ya este servicio, ¿verdad?

—No, señor. Creo que usted fue nuestro primer viajero en un hectoño y medio—observó el oficial. Muy obviamente consideraba eso como una marca de Caín, tanto cuanto era necesario.

—Bien... debe ser aburrido aquí fuera, ¿eh?

Fay agitó una satírica mirada al hombre y se fue, riendo entre dientes por ese notable golpe, mientras la maciza puerta de salida giraba pesadamente y se cerraba detrás de él.

El conductor del coche era, por lo visto, un operario que había aceptado la tarea porque necesitaba dinero para algún desconocido proyecto de trabajo Fay arregló el asunto en el tiempo más breve posible, contando billetes de cien dólares con un rápido movimiento de los dedos. Añadió otro billete como medida conveniente, y alejó al hombre con un gesto, apretando la palanca de marcha de manera vibrante. ¡Estaba de regreso, estaba en su país! Inspiró profundamente, respirando el aire libre.

Encarrujado alrededor de montes y arrastrado suavemente a través de valles, el camino hacia el estado de Nueva York era un gozo. Fay lo recorría con una ligera y apreciativa sonrisa, guiando el coche briosamente, sus músculos en estrecha comunión con la donosura y energía del automóvil, mientras su cuerpo respondía a cada represada vuelta, a cada impulso de aceleración después de la inclinada cima de una colina. No había nada parecido a esto en Europa, nada. Allá, no dejaban espacio para los de su clase, entre su soberbia gente.

Había casi olvidado lo agradable que era sentarse bajo, detrás del parabrisas de un coche de dos asientos, y escuchar las danzantes detonaciones del motor libre. Era excelente estar de regreso, aquí en este camino abierto y magnífico sin nada delante o detrás, excepto hormigón suave como el raso, y montes verdes apilados a ambos lados.

Estaba solo en el camino, pero eso le tenía sin cuidado. Había muy pocos que llevaban su clase de vida. Ahora que su primera impaciencia había

pasado, sentía no haber podido hablar con el piloto del avión de reacción. Mas eso, por supuesto, había sido algo en lo cual no se debía pensar. Aun con todos los mecanismos de seguridad, había el peligro de que en un momento de distracción pudiera ocurrir un accidente.

Por tanto, Fay había pasado el viaje entretenido en considerar el excelente equipo del avión, solo en el cómodo pero pequeño compartimento de más de la gran cámara de carga de la nave.

Se encogió de hombros mientras empujaba el coche en derredor de una curva del valle. No podía remediarse. Era una vida solitaria, y eso era todo lo que había en ello. Deseaba hubiera más gente que comprendiera que esa era la única vida, la única solución al problema que los había fragmentado en tantos tipos sociales. Pero no la había. Y, suponía, todos ellos eran igualmente solitarios. Los miembros de los cuerpos nacionales, los operarios, los estudiantes y los instructores. Hasta, concedía, los saltamontes. Él mismo se había dedicado a estos quehaceres en otro tiempo, como un experimento. Había sido una vacía e histérica experiencia.

El camino se desencorvaba y, a alguna distancia al frente, vio transformarse la blanca superficie en el oscuro macadam de un distrito urbano. Fue más despacio, por réplica, considerando la conveniencia de manipular los mecanismos de seguridad, y juzgó que era innecesario hasta ahora. No le gustaba no ser más que un guisante dentro del cesto de un resguardado coche, impotente para hacer nada excepto estar sentado con las manos y los pies frente a los frenos. No, por otro momento quiso estar libre para acercarse más el coche a la parte saliente del monte y conducir a través de la sombra del denso matorral y los colgantes árboles. Respiró hondamente la tenue fragancia del aire y otra vez se dijo a sí mismo que ésta era la única manera de vivir, la única manera de hallar alguna proporción de vitalidad. ¿Un haragán? Sólo en los celosos vocabularios de los miembros de los cuerpos nacionales, por tanto tiempo atados a sus conejeras y a sus costumbres, el alcance del pensamiento y la sensibilidad se había reducido para acomodarse a su microcosmos.

Luego, sin aviso, todavía en la blanca superficie de camino abierto, una oscura sombra salió velozmente de los arbustos y se lanzó a las ruedas del coche, ladrando chillónamente.

Fay trató de apartar de golpe el coche del camino, de repente turbado y con el rostro pálido, pero el perro se movía de un modo incierto, con un bronco aullido de dolor, más fuerte que el chillido de los frenos del coche. Fay sintió el ligero topetazo, y en seguida su pie se apartó de un brinco del embrague y el coche se movió convulsivamente. Ni siquiera con el motor inactivo y el coche inmóvil, oyó ningún nuevo sonido del perro.

Luego vio al muchacho del cuerpo nacional que corría hacia él camino arriba, y la expresión de su rostro se transformó de horrorizado disgusto en compungido sentimiento. Suspiró y salió del coche zafiamente, procurando pensar en algo que decir.

El muchacho subió corriendo y se paró junto al coche, mirando camino arriba con el rostro lleno de llorosa ira.

—¡Usted ha atropellado a Brownie!

Fay miró al muchacho con aire apenado, con gesto indicador de lo irremediable de la situación.

—Lo siento, hijo —dijo tan suavemente como pudo. No podía pensar en nada realmente significativo para decirle. Era una difícil situación—. No... no debiera haber estado conduciendo tan aprisa.

El muchacho corrió hacia el arrebuñado bulto junto a la margen del camino y lo cogió en sus brazos sollozando. Fay lo siguió, pensando que diez mil años de experiencia no bastaban, que un centenar de siglos de saber y de adquisición de superficial madurez eran todavía insuficientes para proteger las emociones encerradas en el cuerpo de un muchachito, totalmente en poder de su sistema glandular, bajo una desazón como ésta.

—¿No podía usted verlo?—suplicó el muchacho.

—Salió de los arbustos.. —dijo Fay, moviendo rígidamente la cabeza.

—Usted no debiera haber estado conduciendo tan aprisa. Debiera haber...

—Lo sé—dijo Fay.

Y miró inútilmente atrás camino arriba; los árboles eran de un verde brillante al sol, y el cielo azul.

—Lo siento —volvió a decir al muchacho. Buscaba desesperadamente algo, algún modo de compensación—. Desearía que no hubiese ocurrido —pensó en algo, finalmente—. Sé... sé que no sería lo mismo, pero tengo un perro mío propio, un sabueso de buena casta. Está viniendo de Europa en un buque de carga. Cuando llegue aquí, ¿te gustaría tenerlo?

—¿Su propio perro? —por un momento, los ojos del muchacho se serenaron, pero luego movió la cabeza sin esperanza—. No daría resultado—dijo simplemente, y en seguida, como si fuera consciente de culpa por siquiera considerar que cualquier otro perro pudiese sustituir al suyo, estrechó al exánime animal en sus brazos.

No, no había sido una idea tan buena, Fay, se daba cuenta. Si no hubiese estado tan lleno de remordimiento y confusión, habría percibido eso. Ugly era su perro y no podía separarse de él, o él de Ugly. Se daba cuenta aún con mayor intensidad de lo que justamente había hecho el muchacho.

—¿Ocurre algo?- Oh... —el hombre del cuerpo nacional que había subido camino arriba se paró junto a ellos, con el rostro serio. Fay lo miró con alivio.

—Tenía los automáticos fuera—explicó al hombre—. No lo habría hecho si hubiera sabido que había una casa alrededor de ahí, pero no vi nada. Lo siento terriblemente por el... por Brownie.

El hombre volvió a mirar al perro, exánime en los brazos del muchacho y retrocedió. Luego suspiró y se encogió de hombros con impotencia.

—Supongo que forzosamente tenía que ocurrir alguna vez. El perro debiera haber estado atado con una correa. Hay todavía una ley de promedios.

El puño de Fay se cerró a su espalda, fuera del alcance de la vista. Las gastadas palabras hicieron honda mella en la misma base de su vitalidad, y su ánimo se encabritó, pero en otro momento el espasmo del reflexivo temor había pasado, y se alegraba de que hubiese tenido este inocuo desagüe para sus emociones. Además, el hombre tenía razón y en este momento Fay estaba obligado a ser suficientemente sincero para consigo mismo para reconocerlo. Había todavía una ley de promedios le gustase o no a Fay y a los de su clase.

—Retírate a casa, hijo —dijo el hombre con otro suspiro—. No hay nada que podamos hacer por Brownie. Lo enterraremos luego. Ahora mismo debieras lavarte bien. Vendré en seguida.

Era del modo que lo dijo —la fatalista aceptación de que sea lo que fuere lo que la gente honrada hiciese, algún desatinado y atolondrado aficionado iba a frustrarlos— lo que azotó las emociones de Fay.

El muchacho asintió mudamente, todavía gimoteando, y empezó a marcharse sin mirar a Fay de nuevo.

Pero Fay no podía dejar que se fuera. Como un hombre que se arranca una brizna, no podía dejar pasar esto tan sencillamente.

—¡Aguarda!—dijo urgentemente.

El muchacho se detuvo y lo miró estúpidamente.

Entonces se expresó Fay:

—Sé... sé que no hay nada; quiero decir —tropezó Fay—, que Brownie era tu perro y no puede haber otro como él. Pero viajo mucho —se detuvo otra vez, sonrojándose ante la inteligente mirada del hombre del cuerpo nacional, luego prosiguió descuidadamente—. Veo a mucha gente—dijo—. Procuraré encontrarte un perro que no haya pertenecido a nadie. Cuando lo consiga, te lo traeré. Lo prometo.

El labio del muchacho se crispó, revelando de repente lo que diez mil años le habían enseñado.

—Gracias, señor—dijo medio desdeñosamente, y se fue, cuneando el perro.

No lo había creído, por supuesto. Fay, de repente, se dio cuenta de que nadie creería jamás a un haragán, estuviese diciendo la verdad o no. Se dio cuenta, también, de que había hecho todo lo que podía, y aún así fallado. Miró sentidamente al muchacho que se alejaba.

—Usted no tenía que hacer eso —dijo blandamente el hombre, y Fay notó que parte de su reticencia y su medio desdeñosa cortesía, habían desaparecido—. No sé si creerle o no, pero tenía que hacer eso. De cualquier modo, borraré el perro de los recuerdos del muchacho esta noche. Mi esposa y yo limpiaremos bien la mansión y el pequeño no advertirá nada —se detuvo, reflexionando con los ojos ensombrecidos—. Supongo que Madge y yo lo arrancaremos de nuestros propios recuerdos, también.

Fay cerró los dientes con repentino disgusto. Nadie creía jamás a un haragán.

—No—dijo—. Desearía que usted no hiciese eso. Pretendía lo que dije—mover la cabeza otra vez—. No me gustan las borraduras. Siempre hay un lapso en alguna parte, y entonces uno conoce que tiene un hueco en la memoria, pero no se puede recordar qué era.

—Es extraño que lo diga uno de su clase— observó el hombre, mirándolo curiosamente—. Siempre oí decir que ustedes favorecían las borraduras en gran manera.

Fay impidió que su rostro mostrara sus pensamientos. Ahí estaba otra vez esa básica falta de comprensión y una completa repugnancia a revisar los relatos de segunda mano. La misma esencia su clase de vida era que ningún recuerdo, ningún incidente, fueran vividos y guardados. Además, siempre había oído decir que eran los miembros de los cuerpos nacionales que tenían que borrar hecto-años enteros para impedir enloquecerse de fastidio.

—No—se contentó con decir—. Usted nos está confundiendo con los sementeros. Ellos son los que intentarán algo.

El hombre frunció el labio a esa alusión, y Fay consideró que la presentación de un común extraño parecía ser útil en circunstancias como ésta.

—Bien... quizás usted tiene razón—dijo el hombre, aún no completamente confiado, pero dispuesto a correr el albur.

Dio a Fay su nombre, Arnold Riker, y su dirección. Fay metió cuidadosamente la tira de papel en su pequeño estuche.

—Cuando pierda eso, habré perdido mi recuerdo también— comentó.

—Más probablemente se acordará de olvidarlo esta noche—dijo el hombre, haciendo una torcida mueca; parte de su recelo retornaba ahora, a la vista de las ovilladas cintillas.

Fay aceptó eso sin protesta. Suponía que Riker tenía derecho a tener esa vaga convicción.

—¿Puedo llevarlo hasta su casa?

El hombre lanzó una expresiva mirada a lo largo de la extensión del coche y movió la cabeza.

—Gracias. Iré a pie. Hay todavía una ley de partes proporcionales.

Y uno puede coger esa frase y grabarla en la lápida mortuoria de la humanidad, pensó amargamente Fay, pero no replicó.

Se metió en el coche, dio ligeramente a los automáticos, y quedó quieto, completamente inmóvil, por arraigado hábito que era el único modo de evitar el descuidado movimiento que pudiera abrir el conmutador de seguridad. Ni siquiera volvió la cabeza para mirar al hombre que dejaba atrás, mientras el coche se ponía en marcha lentamente, ni captó más de un momentáneo vislumbre de la casa donde el muchacho y su perro habían vivido juntos durante diez kil-años.

Preservamos nuestra inmortalidad tan cuidadosamente, pensó. Sí, muy cuidadosamente. Pero hay todavía una ley de partes proporcionales.

II

Perversamente, condujo más de prisa que lo normal durante el resto del viaje. Acaso estaba procurando restaurar su vitalidad. Acaso estaba huyendo. Tal vez estaba intentando reducir el tiempo transcurrido entre las poblaciones, donde los automáticos lo enhebraban a través del ligero tráfico pedestre y lo enviaban más lejos carretera abajo, con cada nuevo punto de peligro felizmente detrás de él. De cualquier modo, llegó a su apartamento de Manhattan mientras era todavía de día, saliendo del ascensor de impulsión continua con algo de satisfacción. Pero en sus ojos había cierto descontento.

El apartamento, por supuesto, estaba exactamente como lo había dejado dos hecto-años ha. Los semirobots lo habían mantenido sellado y germicida hasta la llegada de su aviso de regreso de ayer.

Podía imaginar la actividad que había seguido, pues los libros y las cintas registradoras de música estaban sacadas de sus casillas inundadas de helio, los tapetes y los accesorios estaban despojados de su funda, aireados y colocados en su lugar. De alguna parte habían llegado nuevos equipos y sido puestos en los viejos receptáculos, y reciente licor puesto en el compartimento. Habría vituallas en la cocina, ropa en los armarios ~ vestidos de la última moda, por supuesto, comprados con créditos contra el abandonado ropaje de dos hecto-años antes y había las mismas, viejas y familiares pinturas en las paredes. Realmente antiguas, no exactamente chismes de tipo de producto accesorio.

Sonrió afectuosamente mientras miraba alrededor de él, gozándose en la oleada de emoción que sentía ante la confortativa intimidad del apartamento.

Sonrió otra vez, brevemente, al pensamiento de que debía algún día idear un modo de quedarse en un

apartamento sellado ~ llevando encima del cuerpo algo parecido a un artefacto de buzo, quizás —y observar a los semirrobots en su operación de restauración. Debía ser un fascinante espectáculo. Algún día lo haría.

Pero su mirada se había posado en el estuche de reminiscencias que había desprendido de la cadena y colocado encima de una mesa de café. El estuche le hacía frente con el no envejecido y mudo requerimiento pintado en cada uno de sus lados: MANÉJAME, y debajo de esto el bloque de más pequeña inscripción que Fay, como todos los otros, sabía de memoria:

Si sus alrededores parecen ser poco familiares, o usted tiene cualquier otro motivo para sospechar que sus cercanías y su situación no son comunes, solicite inmediata ayuda de cualquier otro individuo. Está obligado por estricta ley a encaminarlo a la más cercana cabina autónoma pública de operación, donde usted encontrará nuevas instrucciones. No se inquiete, y siga estas instrucciones sin cavilación, aun cuando le parezcan entrañas. En situaciones extremas, estése quieto y no se mueva. Mantenga este estuche en frente de usted con ambas manos. Esto es una señal de apuro universalmente reconocida. No deje que nadie le quite este estuche, sea cual fuere la excusa ofrecida.

Se preguntó momentáneamente qué había hecho que lo advirtiera; lo conocía tan bien que el tipo de letra de imprenta hacía mucho tiempo era no más que un entrevistado modelo con un valor de reconocimiento tan alto que había perdido toda significación verbal.

¿Era alguna especie de aviso subconsciente? Revisó sus recuerdos apresuradamente. pero se sosegó cuando no halló ninguna de la indicadora vaguedad de detalle que significara que era hora de dejar que toda otra cosa esperase y ponerse en camino de un puesto de operación lo más de prisa posible. Se había refrescado la memoria tempranamente esta mañana, antes de empezar el último trecho de su corto viaje, y ello pareció beneficiar por varias horas más, a lo menos.

¿Qué era, pues?

Frunció el entrecejo y se dirigió a la vitrina del licor, preguntándose si algún orden de ideas había sido puesto en marcha por el accidente y estaba llamando su atención hacia sí mismo. Y cuando se hundió en un sillón unos minutos después, con una bebida en la mano y los ojos todavía acariciando la inscripción del estuche. se dio cuenta de que su segunda conjetura había sido la verdadera. Como de costumbre. un plano de su mente había estado activo rumiando. mientras que la superficie se agitaba en aparente confusión.

Sonrió tristemente. Quizás no tenía tanto de haragán como parecía y hubiera gustado de creer. Sin embargo, un hombre no podía vivir diez mil años y no juntar unas cuantas cosas en su cabeza. Tomó un sorbo de la bebida y miró afuera por encima de la ciudad en el creciente crepúsculo. En alguna

parte del elegante mueblaje detrás de él, un relé fotoeléctrico sonó con un golpe seco y el aparato de radio hi-fi empezó a tocar la *Missa* de Karinius. El apartamento no había olvidado sus caprichos.

No, pensó, los aparatos nunca se olvidaban. Sólo los hombres lo hacían, y contaban con los aparatos para ayudarlos a acordarse. Fijó la vista en el estuche, y se le ocurrió una familiar argucia.

—Bien—preguntó al estuche que llevaba el letrero MANÉJAME—, ¿cuál es mi cerebro, tú o la masa gris de mi cabeza?

Esperó, en vano, esta vez.

La respuesta dependía de sus estados de ánimo y de sus diversos auditorios. Esta noche, solo, de un variable talante, no obtuvo ninguna respuesta.

Echó otro trago y se reclinó, frunciendo el entrecejo.

Supuesto lo mejor, había ofrecido al muchacho un falso sustituto. Aun suponiendo que el paso de diez kiloaños hubiera de algún modo dejado todavía sitio para un perro sin amo, el animal tendría que familiarizarse con el muchacho de nuevo por lo menos una vez o dos al día.

¿Por qué? ¿Por qué los perros que siempre habían tenido el mismo amo lo recordaban sin ninguna dificultad, aun cuando parecían tener que volver a explorar sus alrededores periódicamente? ¿Por que Ugly, por ejemplo, lo recordaría gozosamente cuando llegase su nave? ¿Y por qué tendría Ugly que familiarizarse de nuevo con este apartamento, en el cual había vivido con Fay, con intermitencias, por todo este tiempo?

El perro de Kinnard, cuyo amo insistiera en la necesidad de construir cada nueva casita dentro de un remedo de la anterior, no tuvo en ninguna parte tanta turbación. ¿Por qué?

Había oído rumores de que algunas personas estaban registrando los recuerdos caninos en diminutas cintas, pero esa clase de historia era generalmente clasificada con los chistes acerca de la vieja doncella que hacía girar estuches de recuerdos en compañía de su núbil sobrinita.

Sin embargo, y a pesar de todo, pudiera haber algo en eso. Tendría que preguntarlo a Monkreeve. Monkreeve era el Gran Anciano de la chusma. El hombre tendría recuerdos en los cuales el resto de ellos ni siquiera habían pensado hasta ahora.

Fay vació el vaso y se levantó para mezclar otra bebida. Estaba pensando con más ahínco de lo que lo había hecho durante mucho tiempo, y no podía menos de percibir que estaba haciendo un papel ridículo. Ningún otro había hecho jamás preguntas como ésta. Donde otros podían oírlas, de cualquier modo.

Volvió a sentarse en el sillón, con los dedos ajustados alrededor del vaso, mientras que la *Missá* terminaba y la suite *Lieutenant Kije* alcanzaba el tiempo de la ciudad a medida que ella se avivaba bajo una abundancia de neón.

MANÉJAME. Igual que una cinta de música, el estuche de los recuerdos mantenía su vida estrechamente enlazada con los alojados carreteles de luciente e indestructible cintilla.

¿Qué ocurriría, se preguntó de repente, si no lo manipulara esta noche?

"Si sus alrededores parecen ser poco familiares, o usted tiene algún otro motivo para sospechar que sus cercanías y su situación no son comunes..."

"Obligado por estricta ley a encaminarlo..."

"No se inquiete..."

¿Qué? ¿Qué estaba detrás de las susurradas historias, de los chismes?

"¿Qué dijo la muchacha del puesto de música al joven que entró por equivocación?"

"¡Hombre, éste ha sido el más activo veintisiete de julio" (Risas).

Fay se puso caviloso.

Se le ocurrió la idea de que pudiera haber toda clase de información escondida en su fondo de conversación de tertulia.

"Si quiere ir al cielo,

Manténgase a distancia del veintisiete."

Y ahí estaba otra vez. Veintisiete. Veintisiete de julio, ahora aglomerado con una colgante referencia a la religión. Y eso era interesante, también. El hombre tenía religiones, por supuesto; sectas de sello cismático que no ofrecían ninguna recompensa universalmente atrayente para hacerlas realmente populares. Pero debieron haber sido verdaderamente grandes, a juzgar por la señal que habían dejado en los Juramentos y las expresiones idiomáticas. ¿Por qué? ¿Qué tenían? ¿Por qué dos mil millones de personas integraron en el lenguaje palabras como "Cielo", "Dios, el Señor" y "Jesucristo", tan enteramente que habían durado diez kiloños?

El veintisiete de julio. ¿De cuándo? ¿Ve qué año?

¿Qué le ocurriría si no hiciera caso del MANÉJAME justamente en este tiempo?

Tenía la sensación de que sabía todo esto, de que lo había aprendido al mismo tiempo que había aprendido a peinarse y cortarse las uñas, a tomar duchas y a cepillarse los dientes. Pero hizo todo eso más o menos automáticamente entonces.

Quizás era hora de que reflexionara acerca de ello.

Pero ningún otro lo hizo. Ni siquiera Monkreeve.

Así, ¿qué? ¿Quién era Monkreeve, realmente? El hecho mismo de que no lo hubiera considerado, ¿no lo hacía satisfactorio? Esa era la base sobre la cual juzgaban toda otra cosa, ¿no era cierto?

Ese muchacho y su perro habían realmente empezado algo.

Se dio cuenta de varias cosas simultáneamente, y puso el vaso sobre la mesa con un vivo golpe. No podía acordarse del nombre del perro. Y estaba determinadamente dejando que el simple problema de seguir a su conciencia— y a su herido orgullo— lo metiera en aguas intelectuales mucho más profundas de lo que ningún muchacho con un perro tenía derecho a reclamar.

Sus mejillas se enfriaron mientras trataba de recordar el nombre del hotel de esta mañana, y tembló violentamente. Miró al estuche con la inscripción MANÉJAME.

—Sí—le dijo—. Sí, ciertamente.

III

Fay despertó en una resplandeciente y risueña mañana. La fecha de su reloj calendario era el 16 de abril de 11958 e hizo una mueca al marcador del tiempo mientras quitaba los contactos del estuche de los pelados espacios de su pericráneo. Observó que todos los recuerdos que había traído de Europa habían sido registrados de nuevo para la caja de repuesto del apartamento y que la circulante cintilla había adelantado la reluciente muesca necesaria para registrar ayer.

Miró a esa muesca y frunció el entrecejo. Se parecía a una borradura, y lo era. Estaba siempre ahí, todas las mañanas, pero Fay sabía que no abarcaba más que la normal pausa traumática entre el registro y la reproducción sonora. Le habían dicho que eso era el único recuerdo que nadie quería conservar, y ciertamente nunca había omitido borrarlo —o, por supuesto, recordar haberlo hecho—. Era una normal parte del patrón de acción hipnótica establecido por el aparato registrador guiar a Fay cuando él lo manipulaba para pasar del registro a la reproducción sonora. su mente virtualmente vacía a la sazón.

Nunca había visto una cinta registradora, fuere de quien fuere, que no llevase esa determinada raya para marcar cada día. Se enorgullecía del hecho de que muchas cintas fueran hechas de tal modo picadillo e impregnadas de tal sentimentalismo que eran casi pura ficción. No había estado mintiendo al padre del muchacho, y advertía la presencia de ese recuerdo con la mayor satisfacción; tenía una impetuosa y básica necesidad de verlo todo, oírlo todo,

sentir al máximo el fluir de cada día y sus acaecimientos, y recordarlos con viva y perfecta claridad.

Se rió del estuche mientras lo cerraba de un puntillazo camino del cuarto de baño.

—No hasta esta noche —dijo la inscripción MANÉJAME, y entonces se balanceó por un desalentado momento mientras pugnaba por recobrar el equilibrio. Puso el pie en el suelo con una risotada, sus ojos centelleantes.

¿Quién necesita un coche para vivir peligrosamente?, se preguntó. Pero se devolvió el recuerdo del muchacho, y sus labios se estrecharon. Sin embargo, era un hermoso día, y el básico abatimiento de ayer había desaparecido. Pensó en todas las personas que conocía en la ciudad, una de las cuales, al menos, tendría seguramente un contacto en alguna parte u otra que le resolviera su problema.

Tomó vorázmente el desayuno, estando en remojo por una hora dentro del sensual agarro del amorfo embalse de la bañera mientras sacaba con cuchara el vigorizador potaje. Luego, encogiendo los hombros, se puso encima una fuerte bata de baño y empezó a llamar a la gente por teléfono.

No se había dado cuenta de cuánto tiempo había estado ausente, consideró, después de que Vera, terminada la bienvenida a su apartamento, lo había dejado allí con una bebida mientras ella se alejaba. Era, por supuesto, muy natural que algunos de la vieja chusma hubieran modificado sus costumbres o ellos mismos salido a viajar durante su ausencia. Sin embargo, se sentía todavía un poco desconcertado ante los antiguos números del teléfono que no eran ya válidos, o la realmente asombrosa cantidad de gente que parecía haberle borrado de su memoria. ¡Kinnard, él más que todos! Y Lorraine.

De algún modo, nunca hubiera creído que Lorraine fuese de esos.

—¿Listo, Kes?

Vera llevaba un vestido realmente pasmoso. Evidentemente, América había retrocedido hacia el moderantismo, como pudiera haberlo adivinado por su propio guardarropa.

Vera, igualmente, había cambiado de alguna manera; demasiado sutilmente para que él lo descubriera, aquí en contornos donde nunca antes la había visto. ¿No había sido siempre resistente al capricho de retocar los apartamentos cada setenta años? Fay parecía recordarlo de ese modo, pero aun con las cintillas registradoras la evidencia de la vista siempre tomaba prioridad sobre el ligero toque del recuerdo. Sin embargo, Vera al menos sabía dónde estaba Monkreeve, lo cual era algo que no había podido descubrir por sí mismo.

—Uh-uh. ¿,Adónde vamos?

Vera sonrió y lo besó en la punta de la nariz.

—Sosiégate, Kes. No te opongas.

Solteros.

—Langostas como algo distinto de hormigas, gente inclinada al baile y a similares ocupaciones alegres, o aficionada a los estimulantes — garló Monkreeve, accionando extravagantemente —. Escoja uno las derivaciones.— Tragó una píldora de alguna especie y se animó teatralmente —. He renunciado a la etimología. ¿Cómo ha dicho que se llamaba usted?

Fay hizo una mueca. Tenía aversión a los saltamontes y a sus tertulias; particularmente en este caso. Deseaba sinceramente que Vera le hubiera explicado lo que había acaecido con Monkreeve antes de que lo trajera aquí.

Captó un vislumbre de Vera en el centro de un histérico corrillo de ociosos, danzando con sus siete enaguas mantenidas en alto.

—¡Brrr!—prorrumpió Monkreeve, hallando los efectos de la píldora entre las otras explosiones de su sistema.

Fay le dirigió una escrutadora mirada y juzgó, por el tamaño de sus pupilas, que el hombre podía quizás haber producido en él ese mismo estado con píldoras como sustento diario, y era más que probable que fuera así.

—Tiene un problema, ¿eh, muchacho? — preguntó desatinadamente Monkreeve—. Tiene un problema perruno.— Se metió el dedo en la boca y parodió el pensamiento—. Tiene un perro, tiene un problema; tiene un problema, tiene un perro —cantó—. ¡Diablos!—prorrumpió—, vaya a ver al viejo Williamson. El viejo Williamson lo sabe todo, Pregúntele cualquier cosa. Ciertamente—dijo dando risotadas—, pregúntele cualquier cosa.

—Gracias, Monk —dijo Fay—. He tenido mucho gusto en conocerlo— añadió en la aceptada forma cortés entre los de su clase, y se dirigió hacia Vera.

—Sin duda alguna, sin duda alguna, muchachito. Igualmente y basta. ¿Cómo ha dicho que se llamaba?

Fay simuló estar fuera del alcance del oído, rozado por una pareja que estaban bailando en un estrecho círculo sin música en absoluto, y se metió entre el gentío cerca de Vera.

—¡Eh, Kes!—exclamó Vera, levantando la vista y riendo —. ¿Te ha dado algunas indicaciones Monk?

—Monk tiene un mono a su espalda, cree —dijo brevemente Fay, con una nauseabunda sensación en la garganta.

—Bien, ¿por qué no ver experimentalmente cuánto puede tolerar el hombre? Pudiera gustarle un cambio—dijo Vera, riendo de nuevo. De repente le vino una inspiración y empezó a cantar.

—¡Oh dónde, oh dónde ha ido mi perrito? ¿Oh dónde, oh dónde puede estar?

El resto del corrillo cogió la tonada Vera debió haberles informado de la búsqueda de Fay, porque la cantaban con bullanguero placer.

Fay giró sobre sus talones y salió.

Los pasillos de la biblioteca de la Universidad eran de un gris oscuro, emborrados con esponja de plástico, torciéndose suavemente sin agudos esconces. Unas puertas hendían las paredes, la esponja apagaba el sonido, y Fay llevaba ropa de confección, dentro de la cual le había sido permitido pasar sólo los artículos personales que no podía quizá suprimir o arrancar. Hasta su estuche había sido cerrado dentro de un globo de celuloso plástico de esponja, y el guía se mantenía cuidadosamente a distancia de Fay por si acaso éste cayera o tropezase. El guía llevaba una caja de pronto socorro, y como todos los del cuerpo de la biblioteca, era un atestado doctor en medicina teórica.

—Éste es el gabinete de entrevistas del doctor Williamson—el guía dijo quedito a Fay, y apretó un botón oculto bajo la esponja.

La puerta retrocedió con un suave deslizamiento, y Fay penetró en el emborrado interior de la cámara, dividida hacia el medio por una plancha de claro y macizo plástico. No había mueblaje con que chocar, por supuesto. El guía se aseguró de que Fay estaba suficientemente dentro, fuera del carril de la puerta, y la cerró cuidadosamente después que hubo salido.

Fay se detuvo en el blando pavimento y estuvo esperando. Empezó a preguntarse qué le había acaecido al viejo grupo, pero apenas había tenido tiempo de comenzar cuando se abrió la puerta del otro lado de la división y entró el doctor Williamson. De un modo bastante extraño, su edad fisiológica era menor que la de Fay, pero el hombre se movía como un viejo, y su entero aire transmitía la misma sensación.

—Saltamontes, ¿no? —el doctor Williamson dijo a Fay, mirándolo desabridamente—. ¿Qué está usted haciendo aquí?

—No, señor—repuso Fay, poniéndose de pie—. Haragán, si usted quiere, pero no un saltamontes.

Viniendo tan pronto después de la alegre reunión la observación de Williamson mordía sumamente.

—Seis por un lado, media docena por el otro, a tiempo, dijo brevemente Williamson—. Siéntese. —Él mismo se bajó despacio, tentando cada nuevo ajustamiento de sus músculos y huesos antes que efectuase el siguiente. Retrocedió ligeramente cuando Fay se dejó caer en el asiento con desafiadora negligencia. Bien... prosiga. Usted no estaría aquí si en el escritorio delantero no creyeran que su búsqueda era por lo menos interesante.

Fay examinó a Williamson cuidadosamente antes de que respondiera. Luego suspiró, se encogió de hombros mentalmente y empezó.

—Necesito encontrar un perro para un muchachito—dijo, sintiéndose más que necio.

—¿Qué lo lleva a creer que esto es la ASPCA? — resopló Williamson.

—¿La ASPCA, señor? Williamson elevó cuidadosamente las manos hacia el cielo y resopló de nuevo. Al parecer, todo lo que Fay dijo sirvió para confirmar algún juicio sobre la humanidad por su parte.

Williamson no lo aclaró, y finalmente Fay juzgó que el hombre estaba esperando. Hubo una pausa momentánea, y en seguida Fay dijo torpemente:

—Supongo que eso es alguna clase de albergue de animales. Pero ello no serviría a mi propósito. Necesito un perro que... recuerde.

Williamson juntó las puntas de los dedos y frunció los labios.

—Bien. Un perro que recuerde, ¿eh? — miró a Fay con una atención considerablemente mayor, la expresión de sus ojos haciéndose severa.

—Usted se parece a cualesquiera otros tontos mequetrefes —consideró—, pero al parecer queda un poco de materia gris en su artificiosamente adornado cráneo al fin y al cabo.

Williamson era parcialmente calvo.

—¿Qué diría usted —continuó Williamson— si ofreciera dejarle matricularse aquí como aprendiz de bibliotecario?

—¿Hallaría el modo de conseguir esa clase de perro?

Una vacilante llama de impaciencia pasó por el rostro de Williamson.

—Con el tiempo, con el tiempo. Pero eso está fuera de la cuestión.

—No... no tengo mucho tiempo, señor — dijo Fay, vacilando.

Obviamente, Williamson tenía la respuesta a su pregunta. Pero, ¿se desharía de ella? Y si iba a hacerlo, ¿por qué esta jerigonza?

—El tiempo es insignificante — dijo Williamson, accionando con ansiosa impaciencia—. Y especialmente aquí, donde evitamos casi enteramente la ley

de las partes proporcionales. Pero hay varios usos para el tiempo, y concibo unos mejores que éste. ¿Quiere matricularse? ¡Rápidamente, hombre!

—Doctor Williamson, le estoy agradecido por su ofrecimiento, pero... pero ahora mismo todo lo que quisiera saber es la manera de conseguir un perro.

Fay era consciente de una creciente impaciencia suya propia.

Williamson se puso de pie cuidadosamente y miró a Fay con apenas reprimida ira.

—Joven, usted es una viviente prueba de que nuestro básico plan de acción es acertado. No confiaría a un tonto como usted la información requerida para degollarlo.

"¿Se da cuenta de dónde está? —e hizo gestos hacia las paredes—. En este edificio está el mayor depósito de saber del mundo. Durante diez mil años hemos estado acumulando conceptos y nuevos datos teóricos sobre todas las conocidas teorías científicas y artísticas existentes en 1973. Poseemos datos que facilitarán al hombre dirigirse a los astros, recorrer el fondo de los océanos y explorar a Júpiter. Tenemos aquí la materia prima de sinfonías y sonatas que hacen parecer a sus corrientes inclinaciones algo así como el violín de hojalata de un mendigo. Tenemos el germen de pinturas que lo harían a uno esparcir blanqueo sobre las mamarrachadas que atesoran, y poesía que lo volvería a uno loco. ¡Y usted quiere que le encuentre un perro!

Fay se había puesto de pie también. La ira de Williamson lo bañaba con batientes olas, pero una cosa permanecía clara, y se adhirió a ella obstinadamente.

—No quiere informarme, pues.

—¡No, no quiero hacerlo! Creí por un momento que usted se había de hecho arreglado para percibir algo de su cercanía, pero usted ha probado mi error. Está despachado.

Williamson se volvió y con cuidadoso pateo salió de su mitad de la cámara de entrevistas, mientras que la puerta se abría detrás de Fay.

Sin embargo y a pesar de todo, había aprendido algo. Había sabido que había algo importante tocante a los perros que no recordaban y tenía un período: 1973.

Estaba sentado dentro de su apartamento, con los ojos otra vez fijos en la inscripción MANÉJAME y puso un pensamiento a prueba: 27 de julio de 1973.

Tenía más sentido de esa manera del que tenía cuando las dos partes estaban separadas, lo cual no podía significar nada por supuesto. Las fechas eran como los grabados pegados sobre cartulinas y recortados en irregulares partes (diseños elaborados para niños de cuatro años): encajaban independientemente de cómo fueran juntadas las piezas.

Así era.

¿Cuándo había dejado la raza humana de tener hijos?

La idea lo hizo ponerse enhiesto en su asiento de un tirón, derramando la bebida.

Nunca había pensado en eso. Ni una vez siquiera había examinado el hecho de que todos se detenían en alguna edad fisiológica, aparentemente arbitraria. Había aprendido que tal y cual combinada configuración anatómica y psicológica era indicativa de una edad fisiológica, que una diferente configuración indicaba otra. Pero, ¿era cierto? ¿No podía adivinar instintivamente, o, más bien, no podía considerarlo como si la palabra "edad" fuera aplicable a los humanos tan bien como a los objeto inanimados?

Un menor pensamiento siguió de cerca el rastro del primero: exactamente lo mismo podía decirse de los perros, o canarios, o periquitos, tan bien como del ocasional gato que no se había vuelto montuno.

¿"Vuelto montuno"? ¿No habían sido siempre montunos la mayor parte de los gatos?

Exactamente, ¿qué recuerdos estaban enterrados en su mente, en ocultación? O más bien, ya que era fundamentalmente sincero consigo mismo, ¿qué recuerdos se había enseñado a sí mismo a pasar por alto? ¿Y por qué?

Sintió un hormiguelo en la piel. De repente, su cuidadoso mundo florido estaba enlazado alrededor de él, pardo, raso, y quedaban en pie unos tocones severamente mellados. El muchacho y su perro habían sido aguas profundas de veras, pues la tentativa punta de su pie había azuzado a un monstruo de continuas y crecientes preguntas que le agarraría con hileras de peligrosas respuestas.

Se sacudió y echó otro trago. Miró a la inscripción MANÉJAME y discernió dónde debían estar las peores respuestas.

IV

Despertó y había unos objetos adheridos a sus sienes. Los soltó de un tirón y se incorporó, fijando la vista en los accesorios y el aparato que descansaba junto a la cama, arrastrando hilos metálicos.

Las luces estaban encendidas, pero la iluminación era tan enteramente difusa que no podía hallar su origen. El mueble estaba lejos de lo radical en el trazo, y Fay ciertamente nunca había usado pijama para la cama. Lo miró desdeñosamente y gruñó.

Volvió a mirar al aparato y se palpo las sienes en donde habían reposado los contactos. Sus dedos se retiraron, pegajosos, y frunció el entrecejo. ¿Era alguna especie de encefalógrafo? ¿Por qué?

Miró alrededor otra vez. Había una tenue posibilidad de que se estuviera restableciendo con tratamiento psiquiátrico, pero esto no era ciertamente ninguna habitación de un sanatorio.

Había un blanco cartel al otro lado del cuarto, con alguna clase de impresión en él. Puesto que ese cartel ofrecía la única fuente de información posible, Fay escapó de la cama cautamente y, hallando que no sentía desvanecimientos o debilidad, atravesó la habitación con dirección a él. Se paró allí mirándolo, con los labios fruncidos y la frente arrugada, mientras se abría camino a través de la algo simplificada ortografía:

Christopher Jordan Fay:

Si sus alrededores parecen poco familiares, o usted tiene cualquier otro motivo

para sospechar que sus cercanías y su situación no son comunes, no se inquiete,

y siga estas instrucciones sin cavilación, aun cuando le parezcan extrañas. Si halla que no puede hacerlo, por cualquier motivo que sea, sírvase regresar a la cama y leer las instrucciones impresas en el aparato que está junto a ella. En este caso, la más cercana "cabina autónoma pública de reproducción" es el suplementario estuche que usted ve construido dentro de la cabecera de la cama. Abra las portezuelas y lea las suplementarias instrucciones impresas en el interior. En todo caso, no se inquiete, y si no puede o está mal dispuesto a efectuar cualquiera de las operaciones pedidas arriba, simplemente llame al "0" en el teléfono que usted ve al otro lado de la habitación."

Fay miró alrededor aún, identificó los diversos objetos y continuó leyendo:

"Al operador, igual que todos los vecinos, se le exige por estricta ley que le proporcione a usted ayuda.

Si, por otra parte, usted se siente bastante tranquilo o es proporcionalmente cuidadoso, sírvase seguir estas instrucciones:

Regrese a la cama y reponga los contactos en los sitios donde estaban prendidos. Haga girar el disco marcado con la inscripción "Registro-Reproducción - Registro auxiliar" hasta la posición de "Registro auxiliar". Entonces tendrá tres minutos para poner su antebrazo derecho sobre la parte acanalada de encima del aparato. Asegúrese de que su brazo se acomode bien; la

acanaladura está formada de modo que acoge su brazo perfectamente en una posición tan sólo.

Finalmente, acuéstese de nuevo y sosiéguese. Todas las otras operaciones son

automáticas.

Para su información: usted ha sufrido pérdida de la memoria y este plan se la

devolverá.

Si usted estuviera dispuesto a seguir las instrucciones antes citadas, sírvase aceptar nuestras gracias."

La lengua de Fay combó su mejilla izquierda, y él reprimió una mueca. Al parecer, su generador había sido un completo éxito. Miró a la impresión otra vez, sólo para estar seguro, y verificó la sospecha de que había sido hecha por su propia mano. Luego, como una comprobación decisiva, rondó por el cuarto en busca de un calendario. Finalmente localizó el reloj-calendario, torpemente escondido en un cajón de la cómoda, y miró la fecha.

Esa fue su única sorpresa verdadera. Silbó chillonamente al ver la fecha, pero finalmente se encogió de hombros y repuso el reloj. Se sentó en un cómodo sillón y reflexionó.

El generador estaba obrando justamente como había esperado: la señal saltando fuera de la capa de la atmósfera que refleja de nuevo las ondas sonoras, sin perceptible pérdida de energía, y recorriendo el contorno de la Tierra. En cuanto a lo que podría ocurrir cuando él agotara su combustible radiactivo en otros cinco mil años, no tenía ninguna idea, pero imaginaba que sencillamente lo aprovisionaría otra vez. Al parecer, todavía tenía mucho dinero, o cualquier medio de cambio que existiera después de esto. Bien, se prepararía para ello.

Era interesante cómo su mente seguía insistiendo en que era el 27 de julio de 1973. Esta tendencia a considerar la actual fecha como "la futura" podía ser perturbadora si no la tenía en consideración.

Realmente, tenía unos diez mil treinta y ocho años de edad, más bien que los treinta y siete en que insistía su mente. Pero sus recuerdos lo llevaban sólo hasta el 1973, si bien, fuertemente sospechaba, el Kester Fay que había redactado ese ingenuo mensaje tenía recuerdos que empezaban poco después de eso.

El generador emitía una señal que permitía que las células del cuerpo se restaurasen con un ciento por ciento de perfección. más bien que con la usual imperfecta proporción de los organismos vivientes. El resultado era que ninguno de los superiores organismos envejecía en ningún respecto. Sólo los superiores, afortunadamente, o no habría ni siquiera derivados de fermentos para comer.

Pero, por supuesto, eso incluía las células del cerebro también. La memoria era una operación de deterioro de las células cerebrales tanto como una punta registradora de fonógrafo deterioraba un disco de registro en blanco. Para hacer revivir la memoria, el organismo tenía sólo que "tocarla" de nuevo, como se toca un disco. Excepto que, mientras que el generador continuaba enviando la señal, las células cerebrales, además, se restauraban completamente. No en seguida, por supuesto, porque el cuerpo necesitaba un poco de tiempo para obrar. Pero nadie podía posiblemente dormir desde el principio hasta el fin de una noche y recordarse de todo

lo del día anterior. La amnesia era el precio de la inmortalidad.

Se levantó, se dirigió a la vitrina de licores que había localizado en su búsqueda, y mezcló una bebida, advirtiendo de nuevo cuán poco, realmente, el mundo había progresado en diez mil años. Parálisis de la cultura, más que probable, bajo el impacto de dos billones y medio de individuos, cada uno tratando de hacer su avenencia con el fundamental aburrimiento de una vida perpetua.

La bebida era muy buena. El whisky mejor que ninguno de la clase a que estaba acostumbrado. Se envidió a sí mismo.

Finalmente se había vencido a la amnesia, como imaginaba que la raza humana lo haría. Probablemente escribiendo notas para sí mismos al principio, mientras que el pánico y el histerismo embozaban el mundo y el 27 de julio marchaba a través de las estaciones y los astrónomos se enloquecían.

Las estimuladas células, por supuesto, no reparaban el daño hecho a ellas antes de que el generador entrara en funcionamiento, Tomaban como modelo lo que ya tenían, y se adherían a ello furiosamente.

Hizo una mueca. Su perfeccionado encefalógrafo probablemente almacenaba tanta información y tan de prisa que los artificiales recuerdos apagaban la relativamente pequeña cantidad de información que las células habían adquirido hasta el 27. O, algo

más probablemente, el período de pánico había sido tan dañoso que rehuían escudriñar más allá de él. Si eso era un encefalógrafo de cinta registradora, la borradora sería fácilmente posible.

—Sospecho—dijo en voz alta — que lo que estoy recordando ahora es parte de una vasta y extinguida área de mi propia memoria.

Rió entre dientes al pensamiento de que su vida entera había sido un vacío para él mismo y terminó la bebida.

Y lo que estaba experimentando ahora era un intento por su propia parte para poner ese vacío período en cinta, entrampando a los censores que le impedían hacerlo cuando tenía su entera memoria.

Y eso requería valor. Mezcló otra bebida y brindó por sí mismo.

—A tu salud, Kester Fay. Me alegro de saber que tengo ánimo.

El whisky era extremadamente bueno.

Y el hecho de que Kester Fay hubiera sobrevivido al traumático vacío entre el veintisiete y el tiempo que obtuvo su memoria artificial era prueba de que *ellos* no habían llegado hasta él antes del derrumbe.

¿Era paranoico?

Había parado la apresurada carrera hacia la Guerra Total, ¿no?

No habían podido pararlo a él, eso era cierto. Había preservado la raza del hombre, ¿no era verdad?

¿Psicótico? Terminó la bebida y rió entre dientes. Intelectualmente, tenía que reconocer que cualquiera que implisiese le inmortalidad a todos sus semejantes sin pedirles permiso estaba poniéndose bajo tal clasificación.

Pero, por supuesto, sabía que no era psicótico. Si lo fuera, no sería tan insistente respecto al uso del nombre inglés "Kester" por apodo con preferencia al americano "Chris".

Depositó el vaso sentidamente. Ah, bien; tiempo para devolverse a sí mismo todos sus recuerdos. ¿Por qué era tan fuerte su brazo derecho?

Se acostó en la cama, repuso los contactos y sintió salir la aguja de su retiro en el seno del antebrazo y penetrar en una vena.

Un derivado de escopolamina de alguna especie, juzgó. El aparato zumbaba y sonaba con golpes secos en los compartimentos de la cabecera de la cama; y un cartel de cinta en blanco se ajustó dentro de la caja con un chasquido la cual reposaba sobre un soporte de especial construcción contiguo a la cama.

Complicado, pensó oscuramente mientras sentía que la droga entraba a borbotones en su sistema. Probablemente podría reducir su intensidad de un modo considerable y hacer que fluyera más regularmente.

Halló tiempo para pensar otra vez en su básico valor, Kester Fay debía ser todavía un lozano y desenfrenado individuo, hasta en su estancada y conservadora civilización de diez mil años de peso.

Al parecer, nada podía modificar su carácter fundamental.

Se sumió en un letargo con una tenue sonrisa.

El control de volumen de la caja en el ciclo de reproducción sonora estaba puesto en la "Sobrecarga de necesidad urgente". Los recuerdos lo golpeaban cruelmente, destruyendo tejido cerebral esculpiendo nuevos canales a través del apretado aluvión de restauración, espumando, hirviendo, silbando con devoradora energía y quebrantador ímpetu.

Su rostro pasó por penosos cambios durante su sueño. Fay manoseaba insegura y débilmente hacia los contactos adheridos a su pericráneo, pero el vital mecanismo continuaba su obra. No los alcanzaba, aun cuando se esforzaba, y, fallando, se esforzó sin cesar desde el principio hasta el fin de la larga noche, mientras el sudor corría por su rostro y empapaba la almohada; y Fay gemía, mientras que las cintillas del aparato hacían tic-tac y rodaban, una tras otra, y le devolvían el pasado.

Era el 27 de julio de 1973, y Fay temblaba de frío, mirando, sin comprender, la blancura de hielo de las vidrieras, con la nota fechada el 27/7/73 en la mano.

Era el 27 de julio de 1973 y estaba desmayado de hambre mientras trataba de alcanzar las luces para trabajar. Al parecer, no había corriente. Encendió un fósforo y miró con asombro la serie de notas, al unas de ellas ensuciadas de mucho manoseo no recordado, todas fechadas el 27 de julio de 1973.

Era el 27 de julio de 1973, y los hombres que trataban de explicarle que era realmente el otoño de 1989, agrupados alrededor de su cama en la atestada sala de un hospital, estaban mintiendo. Pero le dijeron que sus básicas patentes sobre la dirigida radiactividad artificial habían hecho posible impulsar el complicado mecanismo que le estaban enseñando a usar. Y aun cuando, por algún motivo, el dinero como un medio acumulador de interés no era ya válido, le dijeron que en su especial caso, en agradecimiento, arreglarían las cosas de un modo que hubiera una serie de derechos de privilegio y retribuciones facultativas, las cuales serían abonadas en sus cuentas automáticamente. Ni siquiera tendría que revisarlas, o saber específicamente de dónde procedían. Pero la parte importante vino cuando le aseguraron que el mecanismo —el "estuche" y las "cintillas", fueren lo que fueren— curaría su desazón.

Quedó agradecido por eso, porque había temido por largo tiempo, que estaba perdiendo el juicio. Ahora podría olvidar sus aflicciones.

Kester Fay arrancó los contactos de su frente y se incorporó para ver si había una borradura en la cinta.

Pero, por supuesto, no había ninguna. Lo sabía antes de que hubiera levantado la cabeza una pulgada, y casi se desvaneció, sentándose en el borde de la cama con la cabeza entre las manos.

Era su propio monstruo. No tenía ninguna idea de lo que significaban la mayor parte de las palabras que había usado en esos recuerdos, pero aun

mientras estaba sentado ahí podía sentir que su mente, de un modo vacilante, estaba haciendo las conexiones y fijando rótulos a los mezclados conceptos y las aterradoras raciones que él había ya recordado.

Se levantó cuidadosamente y vagó por la habitación, poniendo en orden los cajones que había desordenado durante su período amnésico. Se acercó al vacío vaso, lo miró con ceño, se encogió de hombros y mezcló una bebida.

Se sintió mejor después, el vivo calor de la graduación 100 penetrando en su sistema. Los efectos no durarían, por supuesto—el entusiasmo era un resultado de deterioro de las células cerebrales—, pero el primer puntillazo era bastante real. Por otra parte, eso era todo a lo que se había acostumbrado durante los pasados diez kiloños, lo mismo que los sembreros podían narcotizarse perennemente.

Diez mil años de poseer una nueva personalidad parecían haber curado la psicosis que había sufrido con la vieja. No sentía absolutamente ningún deseo de transformar el mundo solo.

¿Lo sentía ahora? ¿Lo sentía? ¿No era ser un aficionado el resultado de una interior convicción de que uno era demasiado sobresaliente para el vivir rutinario?

¿Y no quería apartar el generador, ahora que sabía lo que el aparato hacía y dónde estaba?

Terminó la bebida e hizo saltar el vaso en la palma de la mano. No había nada que dijera que tenía que llegar a una decisión en este mismo momento. Había tenido diez kiloños. Ello podía esperar un poco más.

Se bañó con acompañamiento de pensamientos que siempre antes había descuidado; pensamientos sobre cosas que no eran su problema, entonces. Como incubadoras llenas de infantes de diez kiloños de edad, y mujeres encinta y paralíticos.

Contrapesó eso con las bombas de hidrógeno y, sin embargo, los platillos de la balanza no se inclinaban.

Luego añadió algo que nunca antes había conocido, pero que conocía ahora, y comprendió por qué nadie se atrevió jamás a atravesar el Veintisiete, o a recordarlo aun cuando él lo hubiera hecho. Por un momento, también se estuvo quieto en el baño y pensó arrancar el recuerdo de las cintillas registradoras.

Añadió la Muerte.

Pero sabía que estaba perdido ahora. Para mejor o para peor, el agua se había juntado por encima de su cabeza, y si borraba el recuerdo ahora, lo buscaría de nuevo algún día. Por un momento se preguntó si eso era lo que había hecho innumerables veces antes.

Lo abandonó. Ello podía esperar... si él permanecía cuerdo. De todos modos, sabía cómo conseguir al muchachito un perro ahora.

Construyó un generador de señales para anular el efecto del grande, que ronroneaba implacablemente en su ástil, enviando su incesante e inexorable señal. Cubrió una habitación de su apartamento con la onda anulativa y añadió seis meses a su edad, permaneciendo dentro de ella por horas durante los dieciocho meses que le llevó aparear a Ugly y hacer surgir el mejor cachorro, porque la onda estimulante era la réplica a la esterilidad también. Los fetos no podían desarrollarse.

Se apartó del tumulto del Haragán, lo que quedaba de él, y crió al cachorro. Y fue más de seis meses que añadió a su edad, porque todo ese tiempo pensó y ponderó, y recordó.

Y cuando estuvo listo, aún no sabía lo que iba a hacer tocante al más grande problema. Sin embargo y a pesar de todo, tenía un nuevo perro para el muchacho.

Metió el anulativo generador y el perro dentro de su coche, y subió de nuevo por el camino que había llegado.

Finalmente, llamó a la puerta de Riker; el perro debajo de un brazo, el generador debajo del otro.

Riker contestó a la llamada y le miró curiosamente.

—Soy... soy Kester Fay, señor Riker—dijo Fay, vacilando—. He comprado a su muchacho el perro que prometí.

Riker miró al perro y al voluminoso generador que Fay llevaba debajo del brazo, y Fay transfirió la carga torpemente, la bamboleante caja impidiendo sus movimientos. Por muy ligera que fuese, la caja era una abultada cosa.

—¿No me recuerda?

Riker pestañeó de un modo pensativo, su frente formando nudos en arrugados flecos. Luego movió la cabeza.

Dijo:

—No... creo que no, señor Fay.

Y miró suspicazmente a la ropa de Fay, que hacía tres días no había sido mudada. Luego hizo una seña afirmativa.

—Oh... lo siento, señor, pero creo que debo haber borrado el recuerdo— sonrió con turbación—. Pensando en ello, me he preguntado si no tuvimos un perro en algún tiempo. Espero que eso no era demasiado importante para uno.

Fay lo miró. Halló imposible pensar en algo que decir. Finalmente, se encogió de hombros.

—Bien—dijo—, su muchacho no tiene un perro ahora, ¿no es cierto?

—No—dijo Riker, moviendo la cabeza—. Usted sabe... es una cosa extraña, en parte por el olvido y lo demás, pero él conoce a un muchachito que tiene un perro, y a veces me incomoda mucho para que le consiga uno y se encogió de hombros—. Usted sabe cómo son los niños.

—¿Quiere aceptar este?—Fay ofreció el retorcido animal.

—Ciertamente. Muy agradecido. Pero creo que los dos sabemos que esto no saldrá demasiado bien —Riker alargó la mano y cogió el perro.

—Este aparato sin duda alguna será satisfactorio —dijo Fay. Y entregó el generador a Riker—. Sólo abra esta llave y manténgalo así por algún tiempo en la misma habitación con su hijo y el perro. No hará ningún daño, mas el perro recordará.

Riker lo miró escépticamente.

—Pruébalo —dijo Fay; pero los ojos de Riker se estaban estrechando, y éste devolvió a Fay el perro y el generador.

—No gracias —dijo Riker—. No pruebo nada semejante a eso de un hombre que aparece de repente en la mitad de la noche.

—Por favor, señor Riker. Le ofrezco...

—Compañero, usted está traspasando los límites. No sacaré más que la mitad de un hecto año si lo aporreo.

—Está bien —suspiró Fay; sus hombros se hundieron, y se volteó. Oyó que Riker cerraba de golpe la maciza puerta tras él.

Pero mientras caminaba con trabajo paseo abajo, sus hombros se alzaron, y sus labios formaron una apretada línea.

Ha de haber un término en alguna parte, pensó. Toda cosa ha de terminar, o no habrá sitio para los comienzos. Se volteó para estar seguro de que nadie de la casa estaba observando, y soltó el perro. Le encontrarían por la mañana y las cosas quizá serían diferentes entonces.

Penetró en el coche y se alejó aprisa, dejando el perro atrás. En alguna parte fuera de la población, echó el anulativo generador afuera, en la calzada de hormigón, y oyó que se rompía. Desencadenó su estuche de recuerdos, y lo tiró, también.

Había de haber un término. Hasta un término para las noches estrelladas y para el ruido de un potente motor. Un término para el recuerdo de una puesta de sol en la *Piazza San Marco*, y el espectáculo de la nieve en Chamonix. Un término para el buen whisky. Para él, había de haber un término —para que otros pudieran venir después. Dirigió el coche hacia el sitio donde estaba el generador, y consideró que le quedaban veinte o treinta años, de cualquier modo.

Dobló el brazo, singularmente ligero ahora.